

Accésit

Fernando Colmenarejo García

Tres sombras hacia la luz

Joaquín Rigau pelaba las patatas con su mirada suspendida en el vacío, perdido entre los dilemas que atormentaban su pensamiento. Cumplía así con la obligatoriedad impuesta por el servicio de preparación de la comida del día siguiente. Lo hacía entre los camastros del dormitorio del barracón, resguardado del viento gélido de las cumbres nevadas de la Sierra de La Najarra. De pronto, uno de sus compañeros le puso la mano en el hombro, susurrándole al oído con voz entrecortada:



—Te aseguro que ya han empezado a marcharse. No hay vuelta atrás. Lo van a cerrar—. Joaquín hundió su cuchillo en el tubérculo y alzó su mirada, como si buscara una grieta entre las rocas.

—Entonces, no hay tiempo que perder —respondió, incorporándose lentamente, con el convencimiento de saber qué camino tomar, liberando así su dilema por tanta inquietud, pasando sus pensamientos a otro nuevo laberinto de posibilidades. Una de ellas podía conducir a otra, y así, en el espacio de un tiempo indefinido, buscó a su compañero Amadeo para comunicarle que los temores se habían hecho realidad. Sin dar más opciones a su duda, optó por la que creyó más idónea, la que podría apartarse de cualquier sospecha.

Joaquín comenzó a recoger la ropa más imprescindible. Tras hacer un envoltorio, se dirigió hacia una de las ventanas del retrete y lo lanzó al exterior. De inmediato, cogió una botella y la fiambarrera para salir a la explanada del destacamento, dando así la sensación de ir a merendar, burlando con ello a los tres funcionarios encargados del control de las comunicaciones, al tratarse de un día festivo, y sabiendo que contaba con dos horas hasta el recuento de la cena. Simuladamente dio la vuelta al barracón, cogió su ropaje y comenzó a caminar campo a través, acelerando sus pasos a medida que se iba alejando del destacamento, buscando el cauce del río para continuar por un paisaje desconocido hasta llegar a su tierra para reencontrarse con su mujer, su madre y sus cuatro hijos.

—Allí me haré con la documentación necesaria para encontrar trabajo y sacar a mi familia adelante. Seguro que lo conseguiré en la constructora que actuó en el destacamento de San Miguel de Fluvirá —se decía a sí mismo, con la firmeza de saberse

reconocido por la Empresa como buen penado trabajador, cuando purgaba su pena de treinta años y un día, acogido también a la Redención de Penas por el Trabajo. Joaquín era consciente que con las diez pesetas que llevaba en el bolsillo no eran suficientes para recorrer los más de cuatrocientos kilómetros de su recorrido, pero contaba con algo en lo que siempre había creído, la caridad del prójimo; aunque para ello debía depositar su confianza en los demás.

Tras recorrer poco más de un kilómetro, según lo convenido, se encontró con su compañero Amadeo. Llevaba éste los mismos envoltorios de ropaje, burlando también con la misma facilidad la escasa vigilancia que podían prestar los funcionarios a los paseos de los penados y las comunicaciones que realizaban con los familiares. Se abrazaron, conscientes de haber salvado el primer obstáculo, dándose mutuamente la señal de continuar caminando con una simple mirada. Así, haciendo camino por entre la espesura del monte, y al poco tiempo de su reencuentro, oyeron una voz:

—¡Soy yo, un momento!— Joaquín Enaja corrió apresuradamente hasta alcanzar a sus dos compañeros, aturdidos por la situación, mientras lograba explicarles su presencia con pulso acelerado:

—Os he visto salir, y no lo he dudado. Recogí en un santiamén mi muda y una manta. Me eché la toalla al hombro y simulé ir a lavarme al depósito del destacamento. Si hubiéramos tenido agua en los barracones no sé cómo podría habérmelas ingeniado.

—Bueno, pues ya somos tres. ¡Sabe Dios cuántos más habrán hecho lo mismo! —replicó Amadeo con una sonrisa burlona.

Rigau acentuó: —Eso mismo pienso yo, tocayo. Lo malo será después, cuando venga el Visitador de Prisiones para buscar responsabilidades.

Los tres rieron como no lo habían hecho desde hacía tiempo, desprendiéndose de tanta amargura y tensión acumulada, hasta que, poco a poco, las carcajadas comenzaron a bajar gradualmente su intensidad, como la cascada que fue torrente y se volvió murmullo. Entonces, comprendieron lo que se les venía encima: ¡Cómo llegar a casa con las únicas cuarenta pesetas contadas que llevaban entre Amadeo y Rigau!

El sudor de la caminata, abriendo senderos por entre las rocas de granito y las matas, no pocas de ellas enzarzadas, iba enfriando sus rostros, a medida que la noche se apoderaba del silencio, y aunque para conciliar el sueño buscaban el calor de sus cuerpos, la escarcha convertía sus mantas en envoltorios de hielo. Dormir se convertía en una herida que, a duras penas, podría sanarse con la luz del día siguiente, y ello tan solo con el impulso de seguir caminando hasta reventar. Dicho y hecho, aquella

mañana del lunes siguiente amenazaba con presentarse un sol con sus rayos encogidos, se abrigaron y continuaron su camino.

Tras recorrer unos escasos kilómetros, sus pasos se frenaron en seco. La sorpresa les atravesó como una ráfaga de viento helado. No podían creerlo. Se encontraban con otros cinco compañeros penados del mismo destacamento que seguían la misma estela. Entonces, gritaron suavemente:

—¡Somos nosotros! —Los cinco presos giraron simultáneamente sus cabezas, como si se tratara de un ejercicio gimnástico perfectamente ensayado, quedando algo perplejos.

—¿Vosotros tres también? —preguntaron a la par.

—Entonces, esto sí que es una gran evasión —afirmaron sin rodeos.

—Ahora sí que los de Franco se van a acojonar. La guerra está a punto de terminar, y van a pensar que nos hemos levantado para acabar con su régimen fascista —concluyeron, entre sonrisas más que burlonas—.

Un alto en el camino se hacía necesario, más aún para saludarse y darse ánimos unos a otros, retroalimentándose ambos grupos con el convencimiento de estar cerca de los suyos y, sobre todo, de la verdad, de una verdad manchada por quienes se creyeron superiores por haber vencido. Así, y tras engañar al cansancio, los dos grupos de presos se separaron, continuando cada uno de ellos hacia un destino más seguro.

Amadeo y los dos Joaquines, Rigau y Enaja, se habían hecho fuertes. Para conseguir comida por entre los pueblos que se encontraban a su paso, habían acordado seguir un plan para no levantar sospechas entre el vecindario. Uno de ellos se adelantaba para comprar las viandas necesarias, pan, algo de chorizo, queso y poco más, dando la sensación de trabajar como campesino en algún lugar de la comarca, mientras los otros dos aguardaban escondidos, en la espera de calmar sus estómagos.

Todo iba encauzado. Apartados ligeramente de la cuneta de la carretera cuando la encontraban, guiados por el instinto del fugado, orientando siempre sus pensamientos, cuando aparcaban sus comentarios, en los rostros de sus familiares, acaso envejecidos por el hambre y las secuelas de la desesperación. Habían infringido una norma que podía costarles caro, pero merecía la pena, lo merecía el sueño de la libertad, si con ella podían obtener unos emolumentos que, aunque míseros, podían contribuir a mejorar la calidad de vida de los suyos.

A media tarde, caminando por la ribera del pequeño arroyo de San Benito, en los campos de Valdepiélagos, buscando ya el límite con la provincia de Guadalajara, resultaba hasta cierto punto placentero; pero aquella calma se resquebrajó por una voz potente e imperativa, capaz de empujar al cuerpo a una carrera alocada, o bien

provocando el agarrotamiento de los músculos, quedando preso de uno mismo. Por segunda vez, como un potente trueno se volvió a escuchar la orden: ¡Alto a la Guardia Civil!

Ni alto, ni palabras. Como el resorte de un muelle tenso, los tres penados emprendieron una vertiginosa carrera; y ya no hubo un tercer “alto”, las balas de los fusiles de los guardias civiles comenzaron a resoplar por entre sus oídos, rebotando rabiosamente entre los peñascos. Entonces, el temor paralizó sus músculos, frenándose los tres en seco, intercambiaron miradas rápidas y alzaron sus manos en alto.

El operativo, montado con tres guardias civiles, había dado resultado. El cabo Ángel Benito, perteneciente a la Ciento una Comandancia, afecta al primer Tercio Rural de la Guardia Civil y destinado como comandante en el Puesto de Talamanca del Jarama, ya veía en esas detenciones su ascenso tan soñado.

Tras ser detenidos, el guardia segundo, Evaristo Fernández, alzó su mirada por encima de la máquina de escribir, una Hispano-Olivetti algo desgastada, para interesarse por sus datos personales:

—Me llamo Joaquín Rigau Prats —el guardia comenzó a golpear con los dos dedos del corazón el duro teclado.

—¿Me ha dicho Rigou? —No, he dicho Rigau—. El guardia se levantó pausadamente. Se ajustó su cinturón y comenzó a acercarse lentamente hasta Joaquín. Tras unos segundos de silencio aterrador, le clavó sus ojos y con tono enérgico le espetó: ¡Vamos a ver, cojones, se dice <No, señor>, repítelo!

Joaquín comenzó a temblar. A duras penas, pudo balbucear: —“No, señor, he dicho Rigau”.

—Muy bien, ¡ya veo que a los rojos no os enseñaron modales! Venga, edad, estado civil, profesión y vecindad, por ese orden.

—Treinta y ocho años, casado, mecánico y vecino de Gerona.

—¿Catalán?

—Sí señor, catalán.

El agente se las arreglaba para ir hilvanando las manifestaciones de Joaquín.

Diga las razones por las que se fugó y si lo hizo solamente con los que están ahí, o con la connivencia de otros internos o agentes externos.

—Verá, hace unas semanas se venía rumoreando que a los catalanes nos trasladarían nuevamente a la prisión porque anteriormente ya lo habían hecho con otros paisanos nuestros del Destacamento de Bustarviejo. Es verdad que antes de la Guerra Civil... —El guardia pegó un golpe en la mesa, volvió a levantarse nuevamente

y profirió un grito aterrador, hasta el extremo de retumbar a modo de eco atronador por entre las cuatro paredes: –¡Se dice con anterioridad al Glorioso Movimiento Nacional, hostias!

El temblor de Joaquín aumentó bruscamente, temiendo algo peor, ante la satisfacción de su interrogador, que se tomaba los interrogatorios como una lección de aprendizaje para el detenido, y que, por tanto, había que entender que en el nuevo régimen no se iba a tolerar nada.

–Prosiga, le conminó el guardia.

–Bueno, quería decir que con anterioridad al Glorioso Movimiento Nacional me afilié al Partido Comunista, y que, como el pasado domingo comenzó a correrse el rumor que levantarían el destacamento para reintegrarnos a la prisión, no tendría la posibilidad de enviar a mis hijos algo de dinero. Mi intención, como la de mis compañeros, era reagruparme con nuestras familias, buscando la documentación necesaria para poder trabajar.

Cuando Joaquín regresó al banquillo de la sala de espera, donde aguardaban impacientemente sus dos compañeros, lo hizo algo encorvado, apretando rabiosamente la boca y con la mirada buscando algún punto donde descansar. De inmediato, se escuchó:

–¡Amadeo Alabart! –Amadeo se levantó rápidamente y golpeó la puerta suavemente con sus nudillos, intentando suavizar la situación, temiendo llevarse un guantazo en cualquier momento. Se fijó en la silla y esperó a que el guardia le indicara que tomase asiento. Cuando lo hizo, y tras contestar a las primeras preguntas protocolarias para la formalización de la diligencia, el guardia Fernández le dijo con tono impetuoso:

–¡Repítamelo!

Me llamo Amadeo Alabart Juvany, de veinticinco años de edad, soltero, escribiente, natural y vecino de Granollers, en la provincia de Barcelona.

–¡Catalán, también! –replicó el guardia. Y si tuvo problemas para teclear los datos personales de Joaquín Rigau, hacerlo con los de Amadeo ya era harina de otro costal. Amadeo, como escribiente en el destacamento penal, reconocía la dificultad de su interrogador, y hasta se reía por dentro, respondiendo adrede con una entonación en catalán mucho más cerrada. El guardia Fernández extendió un papel, un lápiz y le ordenó: –¡Escríbelo ahí!

Desde la sala de espera volvían a escucharse los mismos sonidos y con idéntica frecuencia de tiempo pausado entre el golpeo de una y otra tecla de la Hispano-Olivetti.

—Verá, usted... —Amadeo, por su condición de oficinista, tratando diariamente a los Guardianes del destacamento y a otras autoridades, sabía cómo ganarse la benevolencia de éstos. Bastaba con hacerlo mediante un trato sumiso, realzando así la figura de su superior. Continuó explicando con cierta lentitud las circunstancias de su fuga:

—Resulta que en la construcción de la vía del ferrocarril directo Madrid-Burgos, estamos trabajando cerca de dos millares de presos, muchos de ellos procedentes de Cataluña. Nosotros comenzamos a trabajar en los destacamentos más cercanos de nuestros familiares, pero al ir cerrándose por finalización de las obras, nos destinaron nuevamente al destacamento penal de Miraflores de la Sierra... —más despacio, cortó en seco su interrogador.

—Decía que como en las últimas semanas se habían llevado a varios paisanos nuestros a la prisión, se hablaba con insistencia que cerrarían el destacamento, o que nos llevarían a los catalanes de nuevo a prisión, sin posibilidad de ayudar al sostenimiento de nuestras familias —Amadeo habló del trato aceptable, y aunque tampoco se quejó de la comida, otros compañeros suyos tenían peores opiniones, especialmente los penados trabajadores del destacamento de Bustarviejo.

—Por eso nos marchamos del destacamento, y no por otra razón.

—¡Joder, nos marchamos! ¿Qué manera es esa de decir que os fugasteis? ¿Fue una fuga, no?

—Eso, señor guardia, nos fugamos —Amadeo volvía a hacer gala de su astucia para apaciguar la ira del guardia.

El último en declarar, Joaquín Enaja, pasó con un aire más sereno, viendo la medio sonrisa tranquilizadora que le tiró Amadeo. A sus 39 años, el peso del trabajo en otros destacamentos penales, el hambre y hasta la desesperación parecían haber formado una costra en su rostro, dándole un aspecto mucho más envejecido. Aún no había perdido su acento granadino, aunque su tono catalán lo situaba en un territorio indefinido. En su declaración, no se apartó ni un ápice de la prestada por sus compañeros. Ante el rumor, convertido en clamor, prefirió escapar antes que volver a una prisión, ahogando así la posibilidad de ayudar al sustento de su madre y hermana, por depender tan solo de su trabajo. El guardia golpeó fuertemente la tecla del punto del teclado, quedando en silencio la sala y dando por finalizado el atestado.

El coche frenó bruscamente. Los tres penados detenidos habían llegado al destino que tanto habían temido. Con paso dubitativo, a veces empujados por los guardias, alcanzaron la primera galería, entre el bullicio de los presos hacinados. Joaquín Rigau, Joaquín Enaja y Amadeo Alabart se miraron, comprendiendo que aquella imponente arquitectura enrejada estaba cargada de hostilidad y de malos presagios.

Amadeo Alabart Juvany, Joaquín Rigau Prats y Joaquín Enaja Sierra formaron parte de los veintidós fugados del Destacamento penal de Miraflores de la Sierra, que tuvo lugar durante la tarde-noche del domingo 4 de febrero de 1945, en un momento que Europa parecía recobrar su libertad, dejando en evidencia al sistema de Redención de Penas por el Trabajo, bajo el Régimen de Franco.

Libertad